

María el más formidable enemigo, y el invicto vencedor jamás vencido. Y porque así es en efecto, mis amados hermanos, hoy el mundo católico conmemora uno de los más gloriosos hechos que nos recuerda la Iglesia, en honor de la excelsa Reina del Rosario, que, al propio tiempo, es gloria inmarcesible del Papado y de España; suceso sobre toda ponderación digno de ser tenido en cuenta en la Historia de la Humanidad, y cuyo feliz resultado se atribuye al santo Rosario ejercitado como oración popular.

He aquí el pensamiento que deseo exponeros sencillamente, si me hacéis la caridad de seguir escuchándome, y si me ayudáis a pedir a la misma excelsa Reina que haga provechosa para vuestras almas mis enseñanzas, saludándola con las palabras del ángel.

AVE MARIA

Regina Sacratissimi Rosarii.—Ora pro nobis.

La oración presta alas a los hombres para levantarse hasta los cielos, ella es el lazo de unión entre Dios y el mundo, activos suben y bajan los ángeles por la misteriosa escala de Jacob llevando al corazón divino los suspiros de los hombres, y en la divina presencia están siempre angélicas criaturas quemando en sus incensarios las humanas plegarias, cual grato perfume que asciende de la tierra al cielo.

Y, si toda oración es tan grata al Rey de la gloria ¿cuánto más será la súplica de pueblos y de naciones y de la Iglesia toda, que reunida en un solo haz por la fuerza de la tribulación, pone en manos del Romano Pontífice todo el fervor de los ruegos que hace al cielo para que el mismo Vicario de Cristo sea el oferente y al propio tiempo intérprete y suplicante de las mismas demandas?

Pero aun hay más, mis amados hermanos, hay en el orden de las gracias divinas una suprema comunicación de ellas, tan singular y tan sobre todo conducto que a todas supera. La verdadera escala mística empleada por el Divino Verbo para venir del cielo a la tierra fué la Inmaculada Reina, y si El vino al mundo por este conducto ¿cuánto más querrá que por las manos de esta gran Señora vengan a las almas las gracias particulares y los beneficios especiales que El haya de comunicar a los hombres?

Y si el que es Dios con Dios y figura de su substancia, quiso venir a la tierra mediante esta criatura perfectísima; ¿podrá desear que los hombres busquen otro camino para ir hasta El? Bien cierto es que no. Por este motivo, si, como es bien sabido con San Bernardo, nadie acude a Ella que no sea escuchado; si, como enseña la católica Teología, la Madre de Dios posee el don de la omnipotencia suplicante; si Ella manda como Señora en el cielo, al decir con sobrada razón de S. Pedro Damiano, es indudable que no habrá medio más eficaz para conseguir gracias celestiales que acudir a su amparo, obligando a su corazón de Madre a que vuelva a nosotros sus ojos misericordiosos y entonces, en medio de la más deshecha tormenta,